

El desprecio

Francis Scott Fitzgerald

El desprecio (Saturday Evening Post, 19 de diciembre de 1931) fue el último relato que Fitzgerald escribió en Europa antes de regresar a América en septiembre de 1931. En respuesta a las reservas con que el Post había acogido sus últimas obras, Fitzgerald eligió un escenario norteamericano y olvidó la Depresión. El desprecio representa una vuelta al espíritu de sus primeros relatos, en los que la bondad y la buena crianza resuelven todos los problemas.

I.

Aquí y allá, en rincones donde no daba el sol, aún se ocultaban restos de nieve bajo una capa de carbonilla, pero los hombres, que desmontaban los postigos contra la tormenta, trabajaban en mangas de camisa y la hierba empezaba a ser fuerte bajo sus pies.

En las calles los vestidos de color de fruta y flores nuevas emergían de sombrías pieles de animales; sólo algunos viejos usaban gorras

parduscas caladas hasta las orejas. Fue el día en que Forrest Winslow olvidó las molestias sin fin del invierno como uno olvida las desgracias inevitables, la enfermedad y la guerra, y miró hacia el verano con confianza ciega, preguntándose si reconocería en el nuevo verano todos los veranos del pasado: veranos para jugar al golf, navegar y nadar.

Forrest había pasado ocho años en el Este, los años de colegio y universidad; ahora trabajaba para su padre en una gran ciudad de Minnesota. Era guapo, tenía éxito entre las jóvenes, y, desde un punto de vista conservador, lo habían mimado en exceso, así que el año anterior le había parecido una humillación. La inteligencia, la capacidad de discernimiento que en New Haven había sabido elegir el mejor club universitario, ahora se dedicaba a clasificar pieles, y, como consecuencia, la mano que había firmado los cheques que pagaban las cuentas de su curso había pasado dos meses en cabestrillo con una dermatitis venenata benigna.

na. Cuando salía del trabajo, Forrest no encontraba aliciente en las chicas con quienes había crecido. Por el contrario, la noticia de que había llegado a la tribu una forastera le infundió nuevos ánimos y, durante la estancia de la famosa visita, desplegó una actividad convulsiva. Así que no había pasado nada especial, excepto que había llegado el verano.

El día en que empezó la primavera y empezó el verano —no hay mucha diferencia en Minnesota— Forrest detuvo el coche frente a una tienda de música donde se presentó con su vanidad llena de simpatía. Al decirle a la dependiente: «Quisiera algunos discos», una minúscula bomba de excitación estalló en su laringe provocándole en el diafragma una desconocida sensación de vacío, casi dolorosa. La causa de la imprevista detonación había sido la visión de una chica del color del maíz a quien estaban atendiendo en el otro extremo del mostrador.

Era un tallo de maíz en pleno esplendor, pero no formaba parte de ninguna gavilla: era un ejemplar único, como el raro ejemplar de una primera edición en la que el encuadernador puso todo su arte. Era preciosa y cara, y tendría unos diecinueve años, y Forrest no la había visto antes. Ella se quedó mirándolo un instante innecesariamente largo, con tal seguridad en sí misma que Forrest tuvo la impresión de que la suya se le escapaba para sumarse a la de la chica: «Y a quien no tiene le será arrebatado incluso lo poco que tenga». E inmediatamente la chica inclinó la cabeza y volvió a concentrarse en la consulta de un catálogo.

Forrest miró la lista que le había enviado un amigo de Nueva York. Por desgracia el título era el siguiente: *Cuando el Vudú se encuentra al Babalú, pronto aparece el Chachachá*. Forrest lo leyó horrorizado. Apenas podía creer que pudiera existir un título tan repulsivo. Y, mientras, la chica preguntaba:

—¿No tendrían *El hijo pródigo* de Prokófiev?

—Voy a ver, señora —la vendedora se volvió hacia Forrest.

—*Cuando el Vu...* —empezó a decir Forrest, y repitió—: *Cuando el Vu...* —era inútil; no podía pronunciar aquellas palabras con aquella ninfa de la primavera al otro extremo del mostrador—. Déjelo —se apresuró a decir Forrest—. Déme *Te abrazaría y...* —se interrumpió de repente.

—¿*Te abrazaría y besaría?* —sugirió la dependienta amablemente, y la seguridad con que afirmó que era una canción estupenda sugirió también una humillante coincidencia de gustos.

—Yo quisiera *El pájaro de fuego* de Stravinski —dijo la otra cliente— y este disco de vals de Chopin.

Forrest echó un rápido vistazo al resto de la lista: *Moviéndote bien*, *Siempre tan quisquillosa*, *Tramposeando*.

«Cualquiera me tomaría por un imbécil», pensó. Estrujó la lista y boqueó en busca de

aire: el aire que lo caracterizaba, aire de tranquila superioridad.

—Quisiera —dijo con frialdad— el *Claro de luna* de Beethoven. Ya tenía el disco en casa, pero no importaba. Aquello le dio derecho a mirar y mirar a la chica. La vida se volvía interesante; ella era el brebaje más rico. Sería fácil seguirle la pista. Con el *Claro de luna* envuelto en el mismo papel que *Te abrazaría y besaría*, Forrest salió de la tienda.

Habían abierto una librería nueva en la misma calle, donde también entró, como si los libros y los discos pudieran llenar el vacío que la primavera le hacía sentir en el corazón. Mientras miraba las palabras sin vida de los títulos, se preguntaba cuándo volvería a verla, qué pasaría entonces.

—Quisiera una novela policiaca —dijo.

Un joven que parecía aburrirse negó con la cabeza como si, lleno de paciencia, le estuviera regañando, y simultáneamente la brisa de la

primavera atravesó la puerta: la luz ya conocida del pelo color cereal.

—Aquí no vendemos novelas policiacas ni nada que se le parezca —dijo el joven, elevando innecesariamente la voz—. Me figuro que podrá encontrarlas en unos grandes almacenes.

—Yo creía que vendían libros —dijo Forrest débilmente.

—Libros, sí, pero no de ese estilo.

El joven se volvió para atender a la otra cliente.

Camino de la puerta, indignado, una vez dentro del radio del perfume de la chica, Forrest la oyó preguntar:

—¿Tiene algo de Louis Aragón, traducido o en francés?

«Se está dando importancia», pensó, de mal humor. «En estos tiempos todo el mundo sustituye sin mayores problemas a Peter Rabbit por Marcel Proust.»

En la calle, aparcado exactamente detrás de su digno coche de dos puertas, descubrió un

descapotable enorme, plateado, diseñado y fabricado en Inglaterra para el mercado de exportación. Molesto, incluso perturbado, volvió a casa, conduciendo a través de la tarde húmeda y dorada.

Los Winslow —los padres de Forrest, su bisabuela y su hermana Eleanor— vivían en Crest Avenue, en una casa antigua, rodeada de amplias galerías. Era gente de sólidas convicciones, como se decía después de la guerra. La anciana señora Forrest era persona de convicciones más que sólidas, basadas en un estilo de vida que llevaba funcionando ochenta y cuatro años. Era un personaje en la ciudad; se acordaba de la guerra contra los sioux y había estado en Stillwater el día en que los hermanos James habían sembrado el terror a tiros en la calle principal.

Sus hijos habían muerto y miraba a aquellos descendientes más remotos desde cierta distancia, como si no fuera consciente de las fuerzas que les habían dado forma. Entendía que la

Guerra Civil y la Conquista del Oeste eran fuerzas conformadoras, mientras que apenas si consideraba noticias los problemas monetarios y la Guerra Mundial. Pero sabía que su padre, caído en Cold Harbor, y su marido, el comerciante, habían tenido más talla que su hijo y su nieto. Le parecía que la gente que intentaba explicarle los fenómenos contemporáneos hablaba en contra de lo que sus sentidos encontraban evidente. Pero no se había atrofiado; el verano anterior había recorrido media Europa acompañada sólo por una criada.

Los padres de Forrest también eran especiales. Andaban por la treintena, esa edad llena de susceptibilidades, cuando las fiestas con cócteles y todo lo que trajeron consigo se pusieron de moda en 1921. Se sentían divididos, avanzaban y retrocedían. Cuestiones que a la señora Forrest no le causaban el menor problema, a ellos les inquietaban e indignaban dolorosamente. Una de esas cuestiones surgió aquella noche cuando llevaban cinco minutos cenando.

—¿Sabíais que vuelven los Rikker? —dijo la señora Winslow—. Han alquilado la casa de los Warner —era una mujer llena de inseguridades que disimulaba, incluso ante sí misma, expresando sus opiniones muy despacio, pensándolas mucho, como si quisiera convencer a sus propios oídos—. No me explico cómo Dan Warner les alquila la casa. Me figuro que Cathy cree que todo el mundo se va a desvivir por ellos.

—¿Qué Cathy? —preguntó la anciana señora Forrest.

—Cathy Chase, antes de casarse. Su padre fue Reynold Chase. Su marido y ella están a punto de volver.

—Ah, sí.

—Apenas si la conozco —continuó la señora Winslow—, pero sé que cuando vivían en Washington trataban con grosería manifiesta a la gente de Minnesota: los evitaban. Mary Cowan pasó allí un invierno y varias veces invitó

a Cathy a comer o a tomar el té. Cathy no apareció jamás.

—Yo podría batir ese récord —dijo Pierce Winslow—. Yo no iría aunque Mary Cowan me invitara cien veces.

—De todas maneras —prosiguió su mujer muy despacio—, en vista de todo el escándalo, se merecen que todo el mundo les dé la espalda.

—Es lo que se merecen, por supuesto —dijo Winslow. Era un auténtico hombre del Sur, muy apreciado en la ciudad, donde vivía desde hacía treinta años—. Walter Hannan ha venido a verme esta mañana al despacho y me ha pedido que avale el ingreso de Rikker en el Club Kennemore. Le he dicho: «Walter, antes avalaría a Al Capone». Y, lo que es más, para entrar en el Club Kennmore, Rikker tendría que pasar por encima de mi cadáver.

—Tiene valor Walter. ¿Qué tiene que ver Chauncey Rikker contigo? Será difícil encontrar a alguien que lo avale.

—¿Quiénes son los Rikker? —preguntó Eleanor—. ¿Unos impresentables?

Tenía dieciocho años y ya se había puesto de largo. Sus apariciones en el hogar eran tan breves y escasas que miraba aquellas tópicas conversaciones a la hora de la comida con la misma distancia y objetividad que su bisabuela.

—Cathy se crió aquí; era más joven que yo, pero me acuerdo de que siempre la consideraron una fresca. Su marido, Chauncey Rikker, es de algún pueblo del norte del estado.

—¿Y qué barbaridad hicieron?

—Rikker se arruinó y se fue de la ciudad —dijo su padre—. Se contaron historias inquietantes. Luego se fue a Whashington y estuvo complicado en el escándalo de las propiedades en el extranjero; y luego se metió en problemas en Nueva York, estaba metido en negocios inmobiliarios bastante dudosos, pero huyó a Europa. Pocos años después el principal testigo del caso murió, y Rikker volvió a América. Lo encarcelaron unos meses por desacato a la Jus-

ticia —se extendió con ironía elocuente—: Y ahora, con verdadero patriotismo, vuelve a su bella Minnessota, típico producto de sus bosques maravillosos y sus ondulantes campos de trigo...

Forrest preguntó con impaciencia:

—¿Adonde quieres ir a parar, padre? ¿Cuándo dos de Kentucky han ganado el premio Nobel el mismo año? ¿Y qué me dices de un chico del norte del estado que se llamaba Lind y...?

—¿Tienen hijos los Rikker? —preguntó Eleanor.

—Creo que Cathy tiene una hija más o menos de tu edad, y un chico que debe de tener dieciséis años.

Forrest profirió una exclamación imperceptible. ¿Sería posible? Libros franceses y música rusa: la chica de aquella tarde había vivido en el extranjero. Y, al contemplar aquella posibilidad, su resentimiento se agudizó: ¡la hija de un estafador dándose aquellos aires de reina!

Apoyó apasionadamente la negativa de su padre a avalar el ingreso de Rikker en el Club Kennemore.

—¿Son ricos? —preguntó de repente la anciana señora Forrest.

—Deben tener dinero si alquilan la casa de Dan Warner.

—Entonces entrarán donde quieran.

—En el Club Kennemore, no —dijo Pierce Winslow—. Resulta que yo nací en un estado con ciertas tradiciones.

—He visto muchas veces en esta ciudad que lo que hoy es blanco mañana es negro —dijo con suavidad la anciana señora.

—Pero, abuela, ese hombre es un delincuente —explicó Forrest—. ¿Te das cuenta? No es una cuestión social. En New Haven discutíamos si le daríamos la mano a Al Capone en caso de que nos lo presentaran...

—¿Quién es Al Capone? —preguntó la señora Forrest.

—Es otro delincuente, de Chicago.

—¿También quiere ingresar en el Club Kennemore?

Se echaron a reír, pero Forrest llegó a la conclusión de que si Rikker solicitaba el ingreso en el Club Kennemore, su padre no sería el único en depositar una bola negra en la urna de los votos.

Y de repente el verano alcanzó su apogeo. Después de la última tormenta de abril alguien recorrió una noche las calles, infló los árboles como si fueran globos, esparció bulbos y arbustos como confeti, abrió una jaula de petirrojos y, tras echar un vistazo, ordenó levantar el telón que cubría un nuevo cielo de verano pintado.

Iba a echarles la pelota a unos chicos que jugaban al béisbol en un descampado, cuando las yemas de los dedos de Forrest, al contacto con las costuras del cuero manchado de la pelota, enviaron una oleada irrefrenable de recuerdos a su cerebro. Había que correr, alcanzar el objetivo: ahora su objetivo era el campo de golf,

pero la sensación era la misma. Sólo cuando aquella tarde golpeó la pelota desde el tee en el hoyo dieciocho se dio cuenta de que no era lo mismo, de que nunca más se contentaría con aquella vida. La tarde y la noche se extendían ante él completamente vacías, si no fuera por lo mismo de siempre: una cena en alguna parte y la cama.

Mientras esperaba su turno para golpear la pelota, Forrest clavó la mirada en el tee número diez, exactamente frente a él, a unos ciento ochenta metros de distancia.

Una de las dos figuras que se movían en el recorrido de las mujeres estaba colocando la pelota; mientras Forrest la observaba, ella se movió con absoluta seguridad en sí misma y lanzó un poderoso drive.

—Debe de ser la señorita Horrick —dijo su amigo—. No hay otra con un drive como ése.

En aquel momento el sol brilló sobre el pelo de la chica y Forrest la reconoció; simultáneamente recordó lo que debía hacer aquella tarde.

Aquella noche el nombre de Chauncey Rikker sería presentado a los miembros del comité del que formaba parte su padre, y, antes de volver a casa, Forrest pensaba pasar por el club para depositar una bola negra en la urna. Lo había meditado con detenimiento; amaba la ciudad donde su familia había llevado una vida honorable a lo largo de cinco generaciones. Su abuelo había sido uno de los fundadores del club en la década de los noventa, cuando, en vez de jugar al golf, se celebraban regatas, y cuando un caballo veloz tardaba al trote tres horas en llegar desde la ciudad. Estaba de acuerdo con su padre en que determinados individuos debían ser excluidos de la buena sociedad. Con expresión severa, lanzó la pelota a una distancia de ciento ochenta metros, para que, siguiendo una curva suave, cayera en la maleza.

El hoyo dieciocho y el hoyo número diez tenían recorridos paralelos y opuestos. Los tees estaban separados por una extensión de quince metros de anchura. Aunque Forrest no lo sabía,

la anfitriona de la señorita Rikker, Helen Hannan, había caído en las mismas tinieblas, y cuando Forrest fue a buscar la pelota oyó voces femeninas a siete metros de distancia.

—Esta noche ya serás miembro del club —le oyó decir a Hannan—, y entonces podrás jugar el campeonato con Stella Horrick. —Puede que no —dijo una voz pronta, nítida—. Así que tendrás que venir a jugar conmigo a los campos de golf públicos.

—Alida, no seas absurda.

—¿Por qué? La primavera pasada me la pasé jugando en los campos públicos de Búfalo. No tenía otro sitio. Y me recordaban algunos campos de Escocia.

—Pero me sentiría tan ridícula... Ay, mira, yo no encuentro la pelota.

—Nadie viene detrás. Y lo de sentirse ridícula... Si yo me preocupara todavía de lo que piensa la gente, no saldría de mi cuarto —se echó a reír desdeñosamente—. Un periódico publicó una foto mía yendo a visitar a mi padre

a la cárcel. Y en el barco había gente que se cambiaba de mesa cuando nosotros nos sentábamos, y una vez me negaron el saludo todas las alumnas americanas de un colegio francés... Aquí está tu pelota.

—Gracias... Ay, Alida, me parece horrible.

—Lo más horrible ya ha pasado. Te lo cuento para que no nos compadezcas demasiado si la gente no nos acepta en este club. A mí no me importaría; yo tengo mi vida y mi propio sistema de valores para saber lo que debe preocuparme. Y una cosa así no me afectaría en absoluto.

Salieron del claro y sus voces se perdieron en el aire, en el otro recorrido. Forrest dejó de buscar la pelota y se encaminó hacia el vestuario de los *caddies*.

«Vaya papeleta», pensó. «No admitir a una chica que no tiene ninguna culpa»: pero era lo que pensaba hacer en ese momento mientras se dirigía al club. «No», se dijo a sí mismo de repente, «yo no puedo hacer eso. Haya hecho su

padre lo que haya hecho, ella es una verdadera dama. Papá puede hacer lo que crea conveniente, pero yo no participo en eso.» Al día siguiente, después del almuerzo, su padre apenas se atrevió a decirle:

—Creo que ayer no participaste en la votación de los Rikker en el Club Kennemore.

—No.

—No importa —dijo su padre—. El caso es que ya son socios. En los últimos cinco años el club ha admitido a gente de todas clases: hay muchos socios más bien sospechosos. Y, después de todo, en un club nadie te obliga a que conozcas a todo el mundo. El resto del comité opinaba lo mismo.

—Ya veo —dijo Forrest secamente—. Entonces, ¿no te pusiste en contra de los Rikker?

—Pues no. El caso es que tengo bastantes asuntos de negocios con Walter Hannan, y precisamente ayer me vi obligado a pedirle un favor importante.

—E hiciste un pacto con él, ¿no?

Para padre e hijo, la palabra «pacto» sonaba a traición. —No exactamente. No hablamos del asunto. —Ya entiendo —dijo Forrest.

Pero no entendía nada, y algo de la antigua confianza infantil en su padre murió en aquel momento.

II.

Para despreciar a alguien de verdad hay que tenerlo cerca. A la admisión de Chauncey Rikker en el Club Kennemore y, más tarde, en el Club Ciudadano siguieron agrias discusiones y amenazas de romper el carné del club que simularon un fragor de pelea, bajo el que no parecía existir nada serio. Por otra parte, la antipatía se desarrolla mejor si es compartida entre muchos, y Chauncey Rikker se convirtió en un blanco fácil para los descontentos; además, el eco constante del escándalo financiero llegaba desde Nueva York, y los periódicos locales volvieron a ocuparse del asunto, por si alguien

lo había olvidado. Sólo la liberal familia Hannan permaneció al lado de los Rikker, aunque su actitud despertó un notable resentimiento, y su tentativa de introducirlos en sociedad a través de una serie de pequeñas fiestas no tuvo ningún éxito. Si los Rikker se hubieran atrevido a «presentar a Alida en sociedad», sólo se hubieran convertido en el punto de mira de una abigarrada multitud, pero no lo hicieron.

Cuando en el verano, por casualidad, Forrest se encontraba con Alida Rikker, se miraban con la curiosidad de dos niños que no se conocen. Durante un tiempo, la cabeza rubia y ensortijada y el castaño desafiante de los ojos de Alida lo fascinaron; después se interesó por otra chica. No estaba enamorado de Jane Drake, aunque pensaba que podría casarse con ella. Jane era eso que se llama la chica del portal de enfrente; conocía sus cualidades, buenas y malas, así que no le importaban. En el fondo era como una prima hermana. El matrimonio gustaría a sus familias. Una vez, después de algu-

nos cócteles y algún que otro besuqueo, Forrest estuvo a punto de responder en serio cuando ella lo provocó con un «yo en realidad no te importo»; pero no dijo una palabra, lo que fue un alivio a la mañana siguiente. Quizá en los días de aburrimiento de después de Navidad... Mientras, en los bailes de Navidad, encontraría el éxtasis y la desdicha entre chicas navideñas, el encaprichamiento que deseaba. En otoño tuvo la sensación de que la chica que le estaba predestinada ya estaba haciendo las maletas en alguna ciudad del Este o del Sur.

En uno de sus momentos de mayor desasosiego, un domingo de noviembre, lo invitaron a una pequeña fiesta. Incluso cuando hablaba con su anfitriona, era consciente de la presencia de Alida Rikker en el otro extremo del salón, a la luz de la chimenea; su belleza radiante, su novedad sin explorar lo atraían insistentemente, y fue un alivio que se la presentaran por fin. Forrest la saludó con una inclinación de cabeza y la dejó, pero fue bastante para establecer una

especie de comunicación. La expresión de Alida quería decir que conocía el papel de la familia de Forrest como testigo de cargo contra la suya, que no le importaba, y que incluso le daba pena verlo en una posición tan ridícula, pues no ignoraba que Forrest era su admirador. Y la expresión de Forrest decía: «Es natural que yo reconozca tu belleza, pero fíjate cómo son las cosas: nos separa el hecho de que tu padre sea un individuo despreciable, y yo no puedo renunciar a mi posición actual».

De repente, en un instante de silencio, la oyó hablar, y sus oídos se alejaron de la conversación en la que él estaba participando.

—...Helen llevaba más de un año con ese dolor raro y, claro, creyeron que era cáncer. Fue a que la vieran por rayos X; se desnudó detrás de una pantalla, y el médico la miró a través del aparato y dijo: «Te he dicho que te quites toda la ropa»; y Helen dijo: «Ya me la he quitado». El médico volvió a mirarla y dijo: «Oye, cariño, yo te traje al mundo, así que conmigo no tienes

por qué sentir vergüenza. Quítatelo todo». Así que Helen dijo: «Le juro que estoy completamente desnuda». Pero el médico dijo: «No. Estoy viendo por rayos X el broche de tu sostén». Así que descubrieron por fin que a lo mejor se había tragado un broche cuando tenía dos años.

La historia, flotando en su voz nítida y resuelta, en aquel ambiente de intimidad, desarmó a Forrest. No tenía nada que ver con lo que hubiera sucedido en Washington o Nueva York hacía diez años. De repente deseó sentarse a su lado, porque ella era la llama que mantenía vivo el fuego de la chimenea. Al salir de la fiesta, Forrest paseó una hora por una nieve que parecía hecha de plumas, preguntándose de nuevo por qué no podía conocerla mejor, por qué tenía la obligación de convertirse en representante de determinados principios.

«Bueno, quizá algún día me divierta de verdad haciendo lo que me parezca conveniente», pensó con ironía; «cuando tenga cincuenta años.»

El primer baile de Navidad se celebró con fines benéficos en el arsenal. Era un acontecimiento que congregaba a mucha gente. Los ricos se sentaban en una especie de palcos. Todo el que se creía algo en la ciudad asistía a la fiesta, sólo por curiosidad en la mayoría de los casos, y la atmósfera era tensa, impregnada de una arrogancia y frialdad inusuales.

Los Rikker tenían un palco. Forrest, al llegar con Jane Drake, miró de reojo al individuo de mala reputación y a la cualquiera que, cargada de joyas, casi paralizada por tanta joya, se sentaba a su lado. Eran los criminales de la ciudad, a quienes miraban atónitas las personas de vida circunspecta y mesurada. Ajenas a las miradas de espanto, Alida y Helen Hannan se dejaban cortejar por algunos jóvenes que no eran de la ciudad. Sin discusión ni comparación, Alida era la más bella de la fiesta.

Y Forrest se enteró de la noticia: los Rikker darían una gran baile después de Año Nuevo. Habían repartido invitaciones, pero también

podían invitarte de viva voz. Corría el rumor de que bastaba con que te presentaran a alguno de los Rikker para que te invitaran al baile.

Cuando Forrest cruzaba el vestíbulo, dos amigos lo pararon y, entre risillas, le presentaron a un joven de diecisiete años, el señor Teddy Rikker.

—Vamos a dar una fiesta —dijo el joven inmediatamente—. El tres de enero. Me alegraría mucho que vinieras. Forrest lamentaba tener un compromiso. —Bueno, puedes venir si cambias de idea. —Es un chico impresentable, pero listo —dijo más tarde uno de los amigos—. Le hemos estado trayendo gente y, cuando nos acercamos con una pareja de idiotas, los miró y no les dijo una palabra. Algunos rechazan su invitación y otros, pocos, la aceptan, y la mayoría responde con evasivas, pero él insiste, imperturbable; ha salido a su padre.

No se hablaba de otra cosa en todas partes. ¿Por qué su hermana no le paraba los pies? Le dio lástima de la chica cuando encontró ajane

con un grupo de amigas deleitándose con la historia.

—Me han dicho que invitaron por equivocación a Bodman, el de la funeraria, y luego se arrepintieron.

—La señora Carleton se hizo la sorda. — Van a traer de Canadá un cargamento de champán. —Yo no voy a ir, por supuesto, pero me encantaría, aunque sólo fuera por ver qué pasa. Habrá cien hombres para cada chica. Para ella será estupendo.

Tanta malevolencia junta le pareció repugnante, y le molestó que Jane participara en ella. Se volvió y vio la sombra orgullosa de Alida deslizándose por una pared, y observó con desagradable resentimiento la devoción de sus cortejadores. No se había dado cuenta de que llevaba meses un poco enamorado de ella: como dos niños pueden enamorarse mientras se pelean por una pelota, habían ido tomando conciencia el uno del otro, y aquella sensación había alcanzado proporciones sorprendentes.

—Es bonita —dijo Jane—. No es que sea recargada en el vestir, no es eso; pero, considerando el conjunto, se viste de una manera un poco exagerada.

—Me figuro que debería llevar un hábito de tela de saco y ponerse ceniza en la cabeza o vestirse de medio luto.

—He tenido el honor de que me inviten, pero, por supuesto, no pienso ir.

—¿Por qué no?

Jane miró a Forrest, sorprendida.

—Tú no vas.

—Es distinto. En tu caso, yo iría. ¿Sabes? No debería importarte lo que hizo su padre.

—Claro que me importa.

—No te importa. Y me parece una vileza tanta mezquindad. ¿Por qué no la dejáis en paz? Es joven y bonita y no ha hecho nada malo.

Aquella semana vio a Alida en la fiesta de los Hannan y se dio cuenta de que muchos la sacaban a bailar. Se fijó en el movimiento de

sus labios, oyó su risa, cogió al vuelo alguna de las palabras que dijo; sin poder resistirse, se sorprendió animando a algunos a seguir la estela de Alida. Le mandaba a gente que estaba de paso en la ciudad y no sabía quién era Alida Rikker.

La noche de la fiesta de los Rikker cenó con algunos amigos y, antes de sentarse a la mesa, descubrió que todos iban a ir a la fiesta. Hablaban del asunto como de una especie de aventura humorística; insistían en que los acompañara.

—Y, si no te han invitado, da lo mismo —le aseguraron—. Nos han dicho que podemos llevar a quien queramos. La entrada es libre, sin ningún compromiso. Norma Nash va a ir y no invitó a Alida Rikker a su fiesta. Además, Alida es muy simpática. Mi hermano está loco por ella. Mamá está enferma de preocupación porque mi hermano dice que quiere casarse con ella.

Con otro whisky con soda en la mano, Forrest adivinó que, si se lo bebía, probablemente iría a la fiesta. Todas las razones para no ir le parecían caducas y trilladas en aquel momento, y, fatalmente, había empezado a sentirse ridículo. Intentó en vano recordar qué propósito lo guiaba, y no encontró ninguno. Su padre había sido condescendiente en el asunto del Club Kennemore. Y de repente encontró razones para ir: los hombres pueden ir a donde a sus mujeres no les está permitido.

—Muy bien —dijo.

La fiesta de los Rikker era en el salón de baile del Hotel Minnekada. El dinero de la familia, de oscura procedencia, corrompido, había tomado la forma de un bosque de palmeras, emparrados y flores. Dos orquestas gemían en pérgolas iluminadas con luciérnagas, y una batería de reflectores de colores barría la pista y rozaba un bufé donde brillaban botellas oscuras. La recepción de invitados continuaba cuando Forrest y sus amigos llegaron, y Forrest

hizo una mueca irónica ante la perspectiva de tener que darle la mano a Chauncey Rikkert. Pero, en cuanto vio a Alida, en cuanto miró los ojos que por fin se clavaban en él con toda franqueza, se olvidó de todo lo demás.

—Tu hermano tuvo la amabilidad de invitarme —dijo.

—Ah, sí —era educada, pero parecía distraída; no parecía en absoluto sorprendida por su presencia. Mientras esperaba poder saludar a los padres, Forrest se sobresaltó: su hermana estaba entre un grupo de bailarines. Y, entonces, uno tras otro, fue identificando a gente que conocía. Aquélla podría haber sido una de las fiestas de Navidad: todos los jóvenes se encontraban allí. Descubrió de pronto que Alida y él se habían quedado solos. La recepción de invitados había terminado. Alida lo miró, inquisitiva, un poco divertida.

Así que la sacó a bailar, con la cabeza alta, aunque empezaba a darle vueltas. De todo cuanto existe en el mundo, lo menos que hubie-

ra podido esperarse era abrir el baile en la fiesta de los Rikker.

III.

A la mañana siguiente lo primero que le vino a la cabeza fue que la había besado; lo segundo fue una sensación de profunda vergüenza por su comportamiento la noche anterior. Bien lo sabía Dios: Forrest había sido el alma de la fiesta y había ayudado a montar el cotillón. Desde el momento en que pisó la pista de baile, devolviéndoles a sus amigos con absoluta frialdad las miradas curiosas y sorprendidas, lo había invadido algo parecido a la desesperación. Tomó al asalto a Alida Rikker hasta que un amigo le preguntó si no le importaba lo que diría Jane.

—¿Y qué tiene que ver Jane con esto? —respondió, impaciente—. No somos novios.

Pero se sintió obligado a acercarse a su hermana y preguntarle si lo veía en perfectas condiciones.

—Aparentemente, sí —contestó Eleanor—, pero cuando hay dudas, lo mejor es no beber más.

No le hizo caso. Su aspecto seguía siendo el adecuado, pero su libido había alcanzado un estado de extraversión incontrolable. Se sentó con Alida Rikker y le dijo que la quería desde hacía meses.

—He pensado en ti todas las noches, en el momento en que te vas a quedar dormida —la voz le temblaba por la falta de sinceridad—. Me daba miedo encontrarme contigo, hablarte. Te he visto algunas veces, de lejos, como en una carroza dorada, y el mundo me ha parecido un buen lugar para vivir.

Tras soportar veinte minutos de semejante elocuencia, Alida empezó a sentirse extraordinariamente atractiva. Estaba cansada y algo contenta, y por fin dijo:

—Muy bien, puedes besarme si quieres, pero eso no significa nada. No tengo ganas de tonterías.

A Forrest le sobraban ganas para los dos. La besó como si estuvieran ante el altar. Y poco más tarde, con honda emoción, le dio las gracias a la señora Rikker por los momentos más felices de su vida.

Era mediodía, y, mientras hacía desesperados esfuerzos por incorporarse en la cama, Eleanor entró en bata en el dormitorio.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Fatal.

—¿Qué me dijiste en el coche, cuando volvíamos? ¿De verdad quieres casarte con Alida Rikker?)

—Esta mañana no.

—Eso está mucho mejor. Ahora, escúchame: toda la familia está furiosa.

—¿Por qué? —preguntó, aunque no hacía ninguna falta.

—Porque fuimos a la fiesta. Papá se ha enterado de que tú encabezaste el cotillón. Yo le he dicho que tuve que ir porque fue la gente que me había invitado a cenar. ¡Pero tú también fuiste!

Forrest se vistió para el almuerzo del domingo. Sobre la mesa flotaba una atmósfera de decepción paciente, perpleja, por encima de las cosas del mundo. Por fin Forrest se atrevió a hablar:

—Bueno, fuimos a la fiesta de Al Capone y lo pasamos estupendamente.

—Ya me he enterado —dijo lacónicamente Pierce Winslow. La señora Winslow no dijo nada.

—Fue todo el mundo: los Kaye, los Schwan, los Martin y los Black. Los Rikker se han convertido en uno de los pilares de nuestra sociedad. Se les han abierto todas las puertas.

—Las de esta casa, no —dijo su madre—. No pisarán esta casa. Y, tras una pausa, añadió—: ¿No vas a comer, Forrest?

—No, gracias. Bueno, sí, estoy comiendo — miró su plato con cautela—. La hija es muy simpática. No hay ninguna chica en la ciudad mejor educada, con tan buenas cualidades. Si las cosas siguieran siendo como antes de la guerra, estoy seguro de que...

No sabía exactamente lo que iba a decir; lo único que tenía claro era que no compartía en absoluto la posición de sus padres.

—Antes de la guerra esta ciudad apenas si era algo más que un pueblo —dijo la anciana señora Forrest.

—Forrest se refiere a la Guerra Mundial, abuelita —dijo Eleanor. —Hay cosas que no cambian —dijo Pierce Winslow. Forrest y él estaban pensando en el asunto del Club Kennemore y, sintiéndose culpable, el padre perdió la calma—: Cuando la gente empieza a ir a fiestas organizadas por un delincuente condenado por la Justicia, algo muy grave está pasando.

—Se acabó la discusión en la mesa —dijo inmediatamente la señora Winslow.

A eso de las cuatro, Forrest llamaba por teléfono desde su cuarto. Sabía desde hacía un rato que iba a llamar por teléfono.

—¿Está la señorita Rikker? Ah, hola. Soy Forrest Winslow.

—¿Cómo estás?

—Fatal. Fue una fiesta estupenda.

—¿De verdad?

—Magnífica. ¿Qué estabas haciendo?

—Han venido a verme dos que tienen una resaca terrible.

—¿Puedo ir a verte yo también?

—Me encantaría. Ven.

Lo único que los dos jóvenes atinaban a hacer era gemir y poner en el gramófono canciones románticas, pero se fueron pronto y de repente la chimenea ardió mejor, y el día se extinguió tras las ventanas, y Forrest le añadió ron al té.

—Así que por fin nos hemos encontrado — dijo.

—Tú tuviste la culpa del retraso.

—Malditos prejuicios —dijo Forrest—. Vivimos en una ciudad conservadora, y, claro, los problemas de tu padre...

—No voy a hablar de mi padre contigo.

—Perdona. Sólo quería decirte que últimamente me sentía un estúpido porque no me atrevía a conocerte, porque me privaba del placer de conocerte por un prejuicio ridículo — continuó metiendo la pata—. Así que decidí seguir mis propias inclinaciones.

Alida se levantó de repente.

—Adiós, señor Winslow.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque es absurdo que vengas a mi casa como si me estuvieras haciendo un favor. Y, después de haber aceptado nuestra hospitalidad, recordarme los problemas de mi padre sólo es mala educación. Forrest se había puesto de pie, terriblemente perturbado.

—No era eso lo que yo quería decir. Sólo he dicho cómo pensaba y cómo me despreciaba a

mí mismo por pensar así. No te ofendas, por favor.

—Pues no te des aires de superioridad.

Alida volvió a sentarse. Su madre entró, se quedó un momento y, al salir, le echó a Forrest una mirada de resentimiento y recelo. Pero su fugaz aparición tuvo el efecto de unirlos, y pasaron hablando con verdadera confianza un buen rato.

—Debería haber subido a arreglarme.

—Debería haberme ido hace una hora, pero no puedo.

—Ni yo.

Aquella confesión los llevó muy lejos. En la puerta Forrest le besó los labios, que se le ofrecieron de buena gana, y volvió a casa dando un paseo y arrojando inútiles cubos de sensatez a aquel fuego incontrolable.

Y, antes de que pasaran dos semanas, por fin sucedió. En un coche aparcado en medio de una ventisca, Forrest expresó tumultuosamente

cómo la adoraba, y Alida, suspirando, se apretó contra su pecho.

—Yo también te quiero... yo también...

La familia de Forrest ya sabía adonde iba por las noches. Y, en un ambiente de frialdad y crispación, su madre le dijo una mañana:

—Hijo, no pensarás sacrificar inútilmente tu vida por una chica que no está a tu altura. Yo creía que te interesaba Jane Drake.

—Deja ese tema. No voy a hablar de eso.

Pero sólo fue un aplazamiento, mientras los días de aquel febrero eran blancos y mágicos y las noches cristalinas se llenaban de estrellas. La ciudad yacía bajo un esplendor frío, y era de incienso el aroma del abrigo de pieles de Alida y sus mejillas encendidas eran llamas ofrecidas al altar del Norte. En el corazón de Forrest brotó una fuente de panteísmo, extasiado ante aquella tierra y aquel clima. Se lo debía a Alida. Siempre viviría allí.

—Te quiero tanto que nada podrá separarnos —dijo a Alida—. Pero tengo una deuda con

mis padres, algo que no puedo explicarte. No sólo han gastado dinero en mí; han procurado darme algo más intangible: algo que sus padres les habían dado a ellos, y que ellos consideraron que valía la pena conservar. No me afecta, evidentemente, pero tengo que hacer lo posible por facilitarles las cosas —se dio cuenta, por la expresión de Alida, de que le estaba haciendo daño—: Cariño...

—Me da miedo cuando hablas así —dijo ella—. ¿No me lo echarás en cara más tarde? Sería terrible. Tienes que quitarte de la cabeza que vas a hacer algo malo. Mis principios son tan sólidos como los tuyos, y no puedo cargar con los pecados de mi padre... —se quedó pensando unos segundos—. No podrás contentar a todo el mundo, como en un cuento infantil. Tendrás que elegir. Probablemente, tendrás que hacerle daño a tu familia o a mí.

Dos semanas más tarde la tormenta estalló en casa de los Winslow. Pierce Winslow se presentó un día indignado y silencioso y celebró

con su mujer una sesión a puerta cerrada. Cuando acabó, la madre llamó a la puerta de Forrest.

—Tu padre ha pasado un mal rato hoy. Chauncey Rikker se le ha acercado en el Club Ciudadano y empezó a hablarle como si tuvieras algún compromiso con su hija. Tu padre se fue, pero nos gustaría saberlo: ¿te has tomado en serio lo de la señorita Rikker?

—Me quiero casar con ella.

—¡Forrest!

La madre estuvo hablándole mucho rato, recordando, como si fuera una cuestión de siglos, los ochenta años que su familia se había identificado con la ciudad; cuando empezó a hablarle de la salud de su padre, Forrest la interrumpió:

—Todo eso es irrelevante, mamá. Si existiera algo en contra de Alida, algo personal, podría tener algún peso todo lo que me estás diciendo, pero no hay nada.

—Es presumida; sale con el primero que se presenta...

—No se diferencia en nada de Eleanor. Es una dama en todos los sentidos. Incluso me siento ridículo cuando hablo de ella así. Lo único que temes es tener que relacionarte de alguna manera con los Rikker.

—A eso no le tengo ningún miedo —dijo su madre, irritada—. Es absolutamente imposible. Lo que me da miedo es que esta relación te separe de todo lo que vale la pena en estos momentos, de todos los que te quieren. No tienes derecho a alterar nuestras vidas convirtiéndolas en motivo de chismes y escándalo...

—No voy a renunciar a la chica que quiero sólo porque tú le tengas miedo a los chismes.

La controversia continuó al día siguiente, con la participación de su padre. Su argumento era que había nacido en la antigua Kentucky, que siempre lo había inquietado haber engendrado un hijo con la hija de una familia de colonos de Minnesota, y que no debería haberse

esperado otra cosa distinta de lo que estaba ocurriendo. Forrest consideraba la actitud de sus padres trivial y falsa. Sólo cuando salía de casa en contra de los deseos de los suyos, sentía algún remordimiento. Pero nunca olvidaba que algo precioso se estaba destruyendo: la camaradería juvenil con su padre y el cariño y confianza hacia su madre. Hora tras hora era consciente del desmántelamiento irreparable del pasado y, salvo cuando estaba con Alida, se sentía profundamente desdichado.

Un día de primavera, cuando la situación era ya insostenible y las comidas familiares solían celebrarse en silencio, la bisabuela de Forrest lo paró un momento en el rellano de la escalera y lo cogió del brazo.

—¿Esa chica es verdaderamente buena persona? —preguntó, fijando en Forrest los ojos transparentes, viejos y hermosos.

—Claro que sí, abuela.

—Entonces cástate con ella.

—¿Por qué me lo dices? —preguntó Forrest con curiosidad.

—Así se acabarán todas estas tonterías y tendremos un poco de paz. He pensado que me gustaría ser tatarabuela antes de morirme.

El abierto egoísmo de su bisabuela le pareció más convincente que la rectitud de los otros. Aquella noche Alida y Forrest decidieron casarse el 1 de junio y comunicaron por teléfono la noticia a los periódicos.

Y entonces la tormenta estalló de verdad. Los chismes corrieron por Crest Avenue: que la señora Rikker había llamado por teléfono a la señora Winslow, pero que ésta no estaba en casa. Que Forrest se había ido a vivir al Club Universitario. Que Chauncey Rikker y Pierce Winslow habían tenido unas palabras en el Club Ciudadano.

Era verdad que Forrest se había mudado al Club Universitario. Una noche de mayo, cuando el rumor del verano ya se estrellaba contra la tela metálica de las ventanas, preparó sus

maletas en el dormitorio donde había vivido cuando era un niño y un muchacho. Se le hizo un nudo en la garganta, y se manchó la cara al restregársela con una mano mientras recogía los polvorientos trofeos de golf que se alineaban en la repisa, y tuvo que contenerse para no decir en voz alta: «Si no aceptan a Alida, ya no son mi familia».

Estaba terminando de hacer las maletas, cuando su madre entró.

—No te vas, ¿verdad que no?

—Me mudo al Club Universitario.

—No es necesario. Aquí nadie te molesta y puedes hacer lo que quieras.

—No puedo traer a Alida.

—Papá...

—¡Que se vaya a la mierda! —dijo, sin poderse dominar.

Su madre se sentó en la cama, a su lado.

—Quédate, Forrest. Te prometo que no volveré a discutir contigo. Pero quédate.

—No puedo.

—¡Y yo no puedo dejar que te vayas! ¡Parece como si te estuviéramos echando, y no es verdad!

—Quieres decir que va a parecerles a todos que me habéis echado.

—No, no he querido decir eso.

—Sí. Eso es lo que has querido decir. Y yo quiero decirte que no creo que a papá y a ti os importe mucho la catadura moral de Chauncey Rikker.

—Eso no es verdad, Forrest. Aborrezco a la gente que se porta mal e infringe la ley. Mi propio padre jamás hubiera permitido que Chauncey Rikker...

—No estoy hablando de tu padre. Ni a papá ni a ti os importa en absoluto lo que Chauncey Rikker haya hecho. Apuesto a que ni siquiera sabes lo que hizo.

—Claro que lo sé. Robó no sé cuánto dinero y huyó al extranjero, y cuando volvió lo metieron en la cárcel.

—Lo metieron en la cárcel por desacato al tribunal.

—Y tú lo defiendes, Forrest.

—¡No! Detesto todo lo que significa. No hay duda de que es un estafador. Pero te diré que me impresionó descubrir que papá no tiene principios. Sus amigos y él se reúnen en el Club Ciudadano a despotricar contra Chauncey Rikker, pero cuando se presenta la ocasión de negarle el ingreso en el club, se vienen abajo.

—Eso no tiene ninguna importancia.

—Sí la tiene. Ningún individuo de la edad de papá tiene principios. No sé por qué. Me gustaría poder tomar en consideración alguna convicción sincera, pero no voy a permitir que venga a insultarme gente que no tiene principios aunque pretenda tenerlos.

Su madre, sin saber qué responder, no se inmutó: sabía que su hijo tenía razón. Ni ella ni su marido ni sus amigos tenían principios. Eran buenos o malos de acuerdo con su naturaleza; a menudo asumían actitudes que recordaban de

los tiempos pasados, pero siempre les faltaba la seguridad que sus padres y abuelos habían tenido. Imaginó confusamente que alguna relación guardaba la religión con aquello. Pero ¿cómo se pueden conseguir unos principios sólo con deseárselos?

La criada anunció la llegada de un taxi.

—Dile a Olsen que suba a recoger mi equipaje —dijo Forrest, y añadió dirigiéndose a su madre—: No me llevo el coche; ahí dejo las llaves. Sólo he cogido mi ropa. Espero que papá no me eche del trabajo.

—No hables así, Forrest. ¿Crees que tu padre iba a desampararte, hicieras lo que hicieras?

—Cosas peores se han visto.

—Eres duro y difícil —sollozó su madre—. Por favor, quédate un poco más, y a lo mejor se solucionan un poco las cosas y papá se vuelve más flexible. Quédate, por favor, quédate. Hablaré otra vez con tu padre. Haré todo lo que pueda por arreglar las cosas.

—¿Me dejaréis traer a Alida?

—Por ahora no. No me pidas eso. No podría soportar...

—Muy bien —dijo Forrest, imperturbable.

Olsen llegó para bajar las maletas. Llorando, sujetándolo por la manga del abrigo, su madre lo acompañó a la puerta.

—¿No te despides de papá?

—¿Para qué? Lo veré mañana en la oficina.

—Forrest, estaba pensando... ¿por qué no te vas a un hotel en lugar de al Club Universitario?

—He pensado que estaría más cómodo...

De repente cayó en la cuenta de que en un hotel llamaría menos la atención. Tragándose su amargura, torpemente le dio a su madre un beso y subió al taxi.

Inesperadamente, el coche se detuvo: alguien había hecho una señal desde la acera, junto a la farola de la esquina, y a la luz del crepúsculo de mayo apareció Alida, pálida, desdichada.

—¿Qué pasa? —preguntó Forrest.

—Tenía que venir —dijo ella—. No sigas adelante. He estado pensando en que dejas tu casa por mi culpa, en cómo quieres a tu familia: igual que a mí me gustaría querer a la mía; y he pensado en lo terrible que sería echar a perder todo eso. Escúchame, Forrest. Quiero que vuelvas. Sí, vuelve. Nosotros podemos esperar. No tenemos ningún derecho a causarles todo este dolor. Somos jóvenes. Me iré fuera algún tiempo, y luego ya veremos.

Forrest la abrazó, la apretó contra su pecho y dijo:

—Tienes más principios que todos ellos juntos. Ah, mi vida, me quieres... Dios mío, qué alegría que me quieras.

IV.

Sería una boda en familia: Forrest y Alida habían vetado la idea de Rikker de que la boda fuera una especie de venganza pública. Sólo invitaron a unos pocos amigos íntimos.

Durante la semana que precedió a la boda, Forrest dedujo, por una serie de llamadas telefónicas indecisas y ambiguas, que su madre quería asistir a la ceremonia, si era posible. A veces le hacía mucha ilusión que asistiera, y otras le parecía algo sin importancia.

La boda se celebraría a las siete. A las cinco. Pierce Winslow, en su casa, recorría una y otra vez, arriba y abajo, los dos cuartos de estar comunicados entre sí.

—Esta tarde —murmuraba— mi único hijo se casará con la hija de un estafador.

Hablaba en voz alta para oír las palabras, pero aquellas frases habían sido invocadas tan a menudo en los últimos meses, que habían perdido la fuerza y ahora se disolvían y morían en el aire.

Al pie de las escaleras gritó:

—¡Charlotte!

No hubo respuesta. Volvió a gritar, y luego entró en el comedor, donde la criada estaba poniendo la mesa.

—¿Ha salido la señora Winslow?

—Yo no la he visto entrar.

Volvió al cuarto de estar, volvió a su paseo; se paseaba, sin darse cuenta, como su padre, el juez, muerto hacía treinta años; recorriendo la habitación, arriba y abajo, era una parodia de su padre muerto.

—No puedes traer a esa mujer a esta casa para que conozca a tu madre. La mala sangre es mala sangre.

La casa parecía más tranquila que de costumbre. Subió las escaleras y se asomó al dormitorio de su mujer, pero su mujer no estaba allí; la anciana señora Forrest se encontraba ligeramente indispuesta. Sabía que Eleanor había ido a la boda.

Le dio verdadera pena de sí mismo cuando volvió a bajar las escaleras. Conocía el papel que le correspondía —someterse, como si la boda no existiera, a la misma rutina de cada noche—, pero necesitaba apoyo, necesitaba a alguien que le suplicara que cediera, o, más

aún, aceptara y alimentara sus sentimientos heridos. El aislamiento era otra cosa; podía decirse que era la primera vez en su vida que se sentía tan aislado, y, como todos los hombres que fundamentalmente pertenecen a un grupo, a la manada, era incapaz de adoptar una actitud firme con la inevitable soledad que ello implica. Lo suyo era gravitar alrededor de quienes sí son capaces.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —le preguntaba al cenicero—. ¿En qué no he cumplido, pudiéndolo hacer, mis deberes de padre?

Entró la criada.

—La señora Winslow le dijo a Hilda que no vendría a cenar, pero Hilda no me lo había dicho.

Era el colmo de la vergüenza. Su mujer había cedido: lo había dejado completamente solo. Creyó, durante un instante, que iba a indignarse, a enfurecerse con ella, pero no pudo: había derrochado la cólera exhibiéndose ante los demás. Ni siquiera se sentía más convenci-

do y dispuesto a mantener sus ideas: sólo se sentía más ridículo.

—Ya está. Seré el cascarrabias, el aguafiestas. Forrest no me perdonará nunca, y Chauncey Rikker se reirá a mis espaldas.

Y seguía recorriendo la sala de estar, arriba y abajo, furioso. —Me ha tocado cargar con el mochuelo. Dirán que soy un viejo cascarrabias y me borrarán del mapa. Me han hecho polvo. Y me figuro que encima tendré que tomármelo con elegancia —horrorizado, se dio cuenta de que había cogido el sombrero—. No puedo... No puedo hacerlo, pero es mi deber. Al fin y al cabo, es mi único hijo. No puedo soportar que llegue a odiarme. Ha decidido casarse con esa mujer, así que habrá que poner buena cara.

Con súbita alarma miró su reloj, pero todavía quedaba tiempo. Después de todo, estaba haciendo un gesto de generosidad, sacrificando sus principios de aquella manera. Nadie sabría cuánto le había costado.

Una hora más tarde, la anciana señora Forrest se despertó de la siesta y llamó a la criada.

—¿Dónde está la señora Winslow?

—No vendrá a cenar. Han salido todos.

La vieja dama recordó.

—Ah, sí, hoy era la boda. Tráeme las gafas y la guía de teléfonos. No sé cómo se escribirá Capone.

—Rikker, señora Forrest.

Pronto tuvo el número.

—Soy la viuda de Hugh Forrest —dijo con voz firme—. Quisiera hablar con la señora de Forrest Winslow... No, no con la señorita Rikker, con la señora de Forrest Winslow —como todavía no existía tal persona, fue imposible—. Entonces llamaré después de la ceremonia —dijo la vieja dama.

Cuando volvió a llamar una hora más tarde, se puso la novia al teléfono.

—Soy la bisabuela de Forrest. Te llamo para desearte mucha felicidad y para pedirte que

vengas a verme cuando volváis del viaje de novios, si todavía estoy viva.

—Es usted muy amable, señora Forrest.

—Cuida bien a Forrest, y no dejes que se vuelva tan bobo como sus padres. Que Dios te bendiga.

—Gracias.

—Muy bien. Adiós, señorita Capo... Adiós, querida.

Y, habiendo cumplido con su deber, la señora Forrest colgó.